paña, falló el tiro, y armóse descomunal gritería; eran cuatro personas y alborotaban como doce.

Severiana casi no les oía, porque la cocina estaba lejos; pero la pequeñuela, a quien despertaron los gritos y la novedad del no acostumbrado lecho, se tiró de la cama, atravesó a gatas un pasillo, entró en el gabinete donde estaba el Niño Jesús, débilmente alumbrado por la lamparilla, contemplóle un instante como si fuese un muñeco, y luego, atraída por la claridad a que deiaban paso las rendijas y junturas, empujó suavemente la puerta del comedor, y destacando sobre el fondo obscuro del gabinete, apareció iluminada por el intenso resplandor de las luces que alumbraban la cena.

Era rubia, de ojos azules, ensortijado el pelo; estaba en camisita y traía en la mano la pelota.

Luis, Genoveva y Damián, cayeron de bruces sobre la mesa...Casilda, loca de espanto, se tiró al suelo de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos y gritando:

—¡Perdón, Señor!

La niña retrocedió asustada, tiró al huir la lamparilla derramando el aceite, y se metió en la cama muertecita de miedo.

A la mañana, casi de madrugada, Severiana salió de casa con su hija sin que nadie la viese; y era muy entrado el día, cuando Casilda mostrando a Damián la mancha que el aceite dejó en la alfombra, le decía nerviosa de terror:

—¡Mira...no cabe duda!

.....

.....

Apenas se les pasó el miedo, regalaron la escultura a unos amigos que tenían oratorio; hubo función con órgano, gastóse mucha cera y quedaron tranquilos.

Preludios de la Lucha

por FRANCISCO PI

VIRTUS POST NUMMUM

¡Tin...ton...tin...tan....!

—¿Qué anuncia esa campana?

—Anuncia la hora de la justicia.

—

El rey era bondadoso, y se dispuso a medir por sí mismo la maldad de su pueblo.

La cárcel estaba llena de criminales.

Todos se decían inocentes.

El rey iba a saber los que lo eran.

Atravesó los rastrillos, y las enormes compuertas de hierro se fueron cerrando tras él.

—¡Justicia! ¡Justicia!—le gritaban por todas partes. Y el eco repetía, en los inmensos corredores, mezclado con esos gritos, el ruido de cien cadenas.

En un patio estaban los ladrones, y el rey los invitó a que hablasen.

—No somos malos,—le dijeron;—unos teníamos hambre y robamos, y el acto del robo nos impuso otras maldades; pero sin hambre no hubiera habido por qué juzgarnos; otros vimos las joyas de nuestros ministros, las queridas de nuestros magistrados, los buenos vinos y los regalados manjares de los príncipes, las lindas vestiduras de los nobles, y, hombres como ellos, nos parecieron como a ellos hermosas las joyas y las mujeres, como a ellos deliciosos los vinos y los manjares, como a ellos soberbios y embellecedores los ricos trajes. Pues hombres como ellos somos, ¿por qué ha de ser para nosotros el derecho al trabajo mal retribuído y para ellos el derecho al placer sin límites gozado? Quisimos disfrutar y robamos, y el robo nos impuso otras maldades. Sin esos modelos, y sin su insolencia, no habría habido por qué juzgarnos.

El rey dejó a los ladrones, y pasó cabizbajo al patio de los que tenían las manos y el traje manchados de sangre.

—Hablad,—les dijo.

—No somos malos,—le contestaron;—unos matamos porque el hambre o la envidia nos llevó más lejos de lo que quisimos; otros matamos cediendo a la obcecación producida por ideas que forman parte de nuestro ser, tanto las han arraigado en nuestro espíritu tus propios maestros y tus propios sacerdotes: matamos como matarías tú al que te abofetease, o al que deshonrase a tu hija o a tu hermana, o entrase en tu propio lecho; otros por extravío de nuestra razón, mal atendida desde la infancia, acaso desarrollada en malsano ambiente. Sin nuestra enfermedad o nuestra miseria, sin nuestros prejuicios y nuestro abandono moral, no habría habido por qué juzgarnos.

—Basta,—exclamó el rey;—sois una colección de perdidos, y todos sostenéis vuestra inocencia, sin negar vuestros crímenes. Acabaría por enternecerme y por creer que la virtud no es en la vida sino un accidente. Seguid en vuestras mazmorras. Me rodean miles de nobles y magnates, de generales y de sacerdotes: son hombres como vosotros, y jamás han robado ni matado como vosotros: tenéis cara de lo que sois. Está retratado el crimen en vuestras frentes. ¡Atrás los malditos de la justicia! Renuncio a la compasión.

Pero un reo que esperaba con la hopa vestida a que el verdugo le condujese al suplicio, dijo al rey:

—Un hombre que va a morir no miente. Buenos son todos los que te lo dicen, y haz si no una prueba. Despoja a tus nobles, a tus magnates, a tus generales, a tus magistrados y a tus sacerdotes de todos sus bienes y de todas sus rentas, y reparte sus dignidades, honores y tesoros entre los que habitan esta lóbrega cárcel. En cuanto a los poderosos de hoy, déjalos que se arreglen como puedan. No tardarán en venir a cubrirse con estos harapos que tan mal aspecto dan a los que aquí ves: el odio secará sus corazones, y la inquietud arrugará sus frentes. Te parecerán tan espontáneos criminales como los que acaban de hablarte.

El rey meditó un momento y exclamó:

—Hágase. Estoy seguro de la virtud de los que me rodean.

¡Tin...ton...tin.. tan...!

—¿Qué anuncia esa campana?

—Anuncia la hora de la justicia.

—

Los servicios del reino, a pesar del cambio de personal, en nada se resintieron.

Los antiguos criminales vistieron la toga, ciñeron la espada y empuñaron el báculo.

Y llenaron sus funciones con la misma gravedad y la misma exactitud que sus antecesores.

Los joyeros vendieron sus alhajas a los nuevos sacerdotes, generales y magistrados. Las mujeres livianas les dieron sus placeres.

Y las cárceles se siguieron llenando de ladrones y homicidas que proporcionaban con la abundancia de todos los tiempos los nuevos desheredados. El hambre, la envidia, la pasión y la locura siguieron forzando cajas, escalando palacios, esgrimiendo el puñal y vertiendo sangre.

El código era el mismo y se aplicaba con el mismo rigor.

Las mismas quejas de otros días hirieron los oídos del rey.

El rey comprendió que había tenido razón el condenado a muerte.

Pero, no acertando con el remedio, dejó pasar años y siglos estudiando y pidiendo consejos.

Y un día, los desheredados, en el paroxismo del furor, asesinaron a los magnates, y a los generales, y a los sacerdotes, y a los magistrados, y al mismo rey; y volaron palacios, y cometieron toda clase de crímenes; y a quien al oir ¡tin...ton...tin...tan...! preguntaba:

—¿Qué anuncia esa campana?

Le respondían también:

—Anuncia la hora de la justicia.

TRABAJADORES: Pedid en las Barberías el periódico VIA LIBRE y así contribuiréis a la difusión de las ideas socialistas.

JUGUETES
Cajas de papel y sobres
: : : Libros y artículos para regalos : : :
Todo muy barato
LIBRERIA TORMO
Apartado 664 Avenida Central Teléfono 439

CEMENTO BARATO
ORDENELO A
Segundo Zonta
APARTADO 202 TELÉFONO 468

OBRAS DE KROPOTKINE
Palabras de un rebelde..... ₡ 1.25
Campos, fábricas y talleres..... 1.25
Las prisiones..... 1.25
La ciencia moderna y el anarquismo... 1.25

LA MARINITA
Licores - Abarrotes - Pulpería
Recomendamos a nuestros amigos hagan sus compras en este establecimiento:
Buen trato y legalidad en la pesa. Situada en la 7a. Av. E.
RAFAEL SEGOVIA, Propietario

Dr. Aniceto Montero
DESPACHA:
De 9 a 11 a. m. y de 1 a 4 p. m.
Cerca del Hotel Francés